

En el año siguiente aconteció el gran incendio, y Wren fué encargado no solo de hacer de nuevo la iglesia de San Pablo, sino de reconstruir toda la parte de la ciudad que se habia arruinado.

Durante un largo periodo de años, se ocupó en la construccion de la catedral y de cincuenta iglesias mas, trabajando continuamente todas las horas del dia y algunas veces por las noches, sin mas remuneracion que trescientas libras cada año (mil y quinientos pesos.)

Cristóbal Wren nació en el reinado de Jacobo I, vió coronarse y perecer en el patíbulo á Carlos I, aparecer y desaparecer á la república y al protector Oliverio Cromwell; asistió ya hombre formado y conocido en Europa, á la restauracion y á los funerales de Carlos II, siguió sus obras en los tiempos de Jacobo II, Guillermo y Maria y la reina Ana, y cuando subió al trono Jorge I, el sábio, el infatigable arquitecto fué despojado del empleo que por tantos años habia ocupado, y relegado á la pobreza y al olvido sin mas causa que unos infames anónimos que algunos enemigos gratuitos y ocultos dirigieron al monarca.

Murió á los noventa y un años de edad, pobre, olvidado y perseguido de los hombres; pero bendecido y protegido por Dios, porque habiendo nacido enfermizo y débil, le concedió mas adelante una salud fuerte y una larga vida, y murió tranquilamente sin sufrir enfermedad ni dolor alguno.

En cuanto al rey, que molestó y persiguió á un viejo tan respetable, ha recibido el castigo que los escritores malos ó buenos de todos los países de la tierra, reservan á los que ocupan altos y grandes puestos en el mundo con almas pequeñas y miserables. El puesto queda grande y espléndido; pero el hombre pequeño y oscuro.

Contra la ingratitud é inconsecuencia de los hombres Sir Cristobal Wren opuso lo que opone todo hombre que vale algo en el mundo, su génio y su constancia. Con el génio y la constancia comenzó y concluyó la suntuosa catedral de San Pablo, es decir, su mausoleo, su panteon, su tumba, tan grande y tan magnífica, como quizá no la podrá construir ningun monarca.

Todo el que visita San Pablo alza la vista para contemplar la altísima cúpula, la atrevida columnata y los arcos correctos y elegantes de las naves; ecsamina el coro de madera primorosamente tallado y el gran órgano de voces sonoras; sube á la biblioteca, se aventura en aquellas estensas escaleras, llega á la galería de oro y tiene el gusto de tocar la inmensa esfera en que está plantada la cruz; pero al fin descende y satisfecha su curiosidad baja por último á la cripta y forzosamente sus ojos caen sobre la lápida del arquitecto de la iglesia.

Esta es la venganza que diariamente ejerce Sir Cristóbal Wren, muerto, sobre el pobre rey Jorge I, ya olvidado.

Tambien están enterrados en la cripta Tomás Lawrence, Benjamin West, y Joshua Reynolds, tres eminentes pintores ingleses, de los que nos ocuparemos mas adelante.

Entre los marinos, los pintores, los arquitectos, los cancilleres y toda esa aristocracia del talento y del dinero que duerme allí el sueño postrero y perdurable, se halla un hombre modesto, oscuro, plebeyo si se quiere, pero que se grangeó la estimacion de cuantos lo conocieron en vida, y un sepulcro régio para despues de su muerte. Este hombre se llamó Mr. Attwood. (*) Era el organista de la catedral. Sirvió ese empleo durante treinta y cinco años, y ni un solo dia faltó á la hora señalada para tocar, sin haber llegado ni en los inviernos mas rigurosos, un minuto mas temprano, ni un minuto mas tarde. Los canónigos en premio de esta esactitud y constancia lo colocaron cuando murió, muy inmediato al almirante Nelson.

Insensiblemente me he difundido mas de lo que hubiese deseado en este capítulo; pero siempre que

(*) Entre nosotros habia un hombre del mismo carácter que el organista de San Pablo. Este era D. Apolinario Saenz Manzo relojero de la catedral de México. Su vanidad consistia en no haber faltado un solo dia á las doce para observar el relox durante el espacio de veinte y cinco ò treinta años que sirvió el destino. D. Apolinario merecia una tumba entre las de nuestros canónigos.

encuentro una montaña, un árbol anti-diluviano, ó el sepulcro de un grande hombre, me detengo á meditar y á contemplar en su historia; porque cuando se sabe la historia de estas grandes cosas, se sabe el poder de Dios que corona de nieve á la montaña, que reviste al árbol anciano de verdes y frondosas, hojas y que dota al hombre del talento necesario para ejecutar obras que sobreviven cuando ha vuelto al polvo y á la nada de donde salió.